

Todo comienza por una canción

A partir de que Félix Leclerc tocó su primer acorde en un café de la *Rive gauche* de París, a principios de los años cincuenta, la música y la canción francesa canadiense han atravesado con éxito las revoluciones sonoras. Desde su primera temporada parisina, Leclerc ha alcanzado un éxito impresionante. De su primer disco "*Le petit bonheur*" (pequeña felicidad) se vendieron más de trescientos mil ejemplares. El *chansonnier* canadiense ocupó un lugar bien merecido al lado de Brasseur y Ferré. (Se llama *chansonnier* en Quebec al que canta sus propias composiciones.)

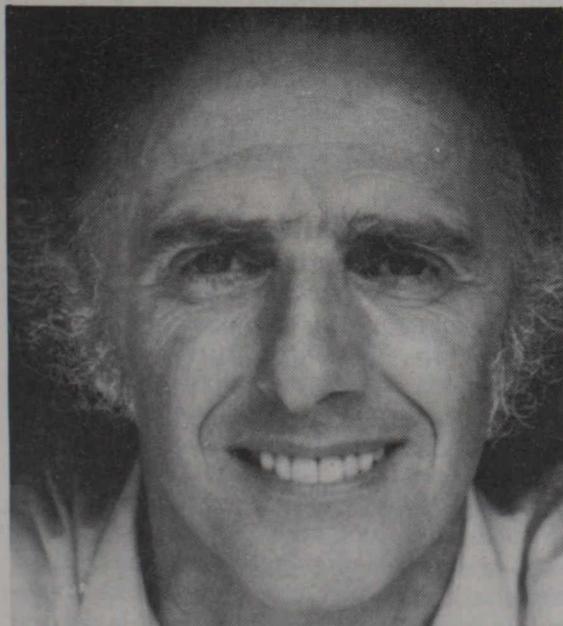
Después de Leclerc, un joven llamado Raymond Levesque llegó a probar suerte con el público francés, y fue seguido pronto por Gilles Vigneault, Claude Léveill e y Jean-Pierre Ferland.

Contrariamente a Leclerc, estos tres últimos trovadores habían cautivado ya a su auditorio quebequense antes de dar el gran salto. Si bien es cierto que entre 1960 y 1970 no existían m as que Vigneault, Ferland y Leveill e en las escenas del canto de Quebec y Montreal, este trío se distinguía de muchos cantantes populares por una cierta investigación del texto y de la música. Formaba parte de la ola nacionalista, o al menos, se dejaba llevar por la tendencia de liberación que atravesaba un Quebec finalmente desencadenado del yugo duplesista (el largo periodo del Primer ministro Maurice Duplessis, a la cabeza del gobierno de Quebec, estuvo marcado por el sello de un conservatismo clerical). Fue

la época de la revolución tranquila, del despertar que retomaba los ritmos de la vida diaria para sacar a los acontecimientos fuera de lo común.

Hacia fines de los años 50, la industria quebequense del disco no existía aún, la televisión apenas nacía. El disco y la canción eran esencialmente productos de importación francesa. En esta época, Radio Canadá fomentaba el surgimiento de una generación de cantantes y compositores a través de concursos de canciones populares. Por lo tanto, las artes plásticas, la música y la literatura, sobre todo, vivían un cierto renacimiento: la inspiración y los modelos ya no venían del exterior. Se decidió utilizar desde entonces sus propios recursos e interesarse en el descubrimiento de una inspiración original. Bastaba mirar alrededor de uno mismo para encontrar los temas; lo que causó la alegría de los *chansonniers* que reencontraban una vieja tradición popular hecha a un lado (y despreciada) después de mucho tiempo. Cantos de la ciudad o del campo, imágenes de la realidad cotidiana, lenguaje simple y lleno de canadianismos, todo subrayaba el deseo de utilizar los materiales familiares y de sacar nuevas armonías. Esta voluntad habría de revelarse llena de promesas; feliz de reencontrarse en las canciones y en los lamentos, los quebequenses debían adoptar a los autores rápidamente. La canción popular quebequense había nacido.

De resemblanzas muy nuestras...



Gilles Vigneault

Vigneault, Leveill e y Ferland comprendieron rápido el interés del tal situación y se aseguraron de sacar provecho. Vigneault, el muchacho alto y delgado, salido de su pueblo natal de la costa norte, llega a la Ciudad de Quebec donde su éxito es rápido. El amor por el terruño est  anclado en el corazón de los quebequenses por una larga tradición, y el genio de Vigneault lo hizo despertar con la ayuda de letras multicolores, con resemblanzas fáciles de retener. A fuerza de inventar personajes, h eros y mitos, se convirtió a sí mismo en la encarnación del hombre del bosque, del trovador travieso y del viejo narrador de las tardes de pueblo. Vigneault reencontr  una vena nacionalista tanto por la forma como por el fondo: cantaba con una inspiración inagotable una realidad que correspondía a la necesidad de la juventud de expresarse y de encontrar su identidad para acompasar su vitalidad. Por el contrario, Claude Leveill e fue el ciudadano, el soñador,